LIBRO DE HECHOS

Lección 40, Capítulo 17 y 18

Estamos en Hechos capítulo 17 y la semana pasada terminamos nuestro estudio definiendo los sistemas de creencias de dos grupos que Pablo encontró en Atenas: los epicúreos y los estoicos. Estos dos grupos no se presentaban como religiones ni se consideraban religiones; más bien, eran filosofías. De hecho, probablemente sería justo decir que el objetivo de estas instituciones filosóficas era reemplazar la religión.

También sería correcto decir que el epicureísmo y el estoicismo competían con el judaísmo y, por lo tanto, con El Camino. Esencialmente, estas filosofías humanas eran intentos alternativos de ayudar a los paganos a encontrarle sentido a la vida; algo que el judaísmo (y el verdadero hebraísmo bíblico) había hecho con éxito desde los días de Moisés. Cuando se les da una consideración justa, no hay duda de que el judaísmo y el cristianismo nunca han sido superados en cuanto a crear un sistema de leyes y una sociedad buenos, justos y funcionales en la tierra, porque ambas formas de vida se basan en la verdad de Dios y no en las inclinaciones de la humanidad.

A lo largo de los siglos, las premisas fundamentales del epicureísmo y el estoicismo han perdurado, transformándose en las últimas tendencias culturales y formas de corrección política, y recibiendo nuevos nombres. En la era moderna, la Ilustración europea del siglo XVIII adoptó estas mismas creencias, solo que con una nueva presentación, con el objetivo de erradicar de la sociedad europea la religión que contuviera cualquier tipo de misticismo. Los principales objetivos eran el cristianismo y el judaísmo; en gran medida, lo ha logrado. En el siglo XXI, a este mismo objetivo de abolir la religión lo llamamos secularismo; o, en términos políticos, ideales liberales progresistas. Así que aquello que Pablo enfrentaba en Atenas en el siglo I d. C. también lo enfrentan hoy los seguidores del Dios de Israel. Por eso, hasta cierto punto, la manera en que Pablo afrontó este gran desafío es un buen modelo para nosotros. Y es un modelo bastante sencillo: nunca retrocedas. Di la verdad divina y deja que las consecuencias lleguen. No intentes encontrar un punto medio con quienes eligen la filosofía secular en lugar de confiar en Dios, porque no existe tal punto medio; lo que parezca haber, en el mejor de los casos, es un espejismo. Cualquier intento de encontrar un terreno común solo

te frustrará o, en el peor de los casos, te acercará a su manera de pensar y te alejará del Señor.

2 Corintios 6:14-18 CJB

14 No se unan en yugo con los incrédulos. ¿Cómo pueden asociarse la justicia y la maldad? ¿Qué comunión puede tener la luz con las tinieblas?

15 ¿Qué armonía puede haber entre el Mesías y Beliar? ¿Qué tienen en común un creyente y un incrédulo?

16 ¿Qué acuerdo puede haber entre el templo de Dios y los ídolos? Porque nosotros somos el templo del Dios viviente, como dijo Dios: «Habitaré en ellos… y caminaré entre ustedes. Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo».

17 Por eso ADONAI dice: «Salgan de en medio de ellos, sepárense; ni siquiera toquen lo impuro. Entonces yo mismo los recibiré.

18 De hecho, seré su Padre, y ustedes serán mis hijos e hijas», dice ADONAI-Tzevaot.

Vemos los efectos del intento del judaísmo y del cristianismo de hacer las paces con la filosofía secular liberal en el deterioro de la salud de ambas religiones. En el judaísmo, el segmento más popular y de crecimiento más rápido se llama judaísmo reformista. En esencia, es un judaísmo con un Dios menos grande, un Libro Sagrado diluido y menos absolutos. Las doctrinas reformistas elaboradas por comités son su norma de vida; están diseñadas para ceder ante los cambios del tiempo y la evolución de la sociedad. En el cristianismo existen varias formas de esto, y la más reciente se conoce como Iglesia Emergente. Aunque mantienen la creencia en Dios, se trata de un Dios tolerante que acepta todas las formas de religión y adoración. La Biblia, el Libro Sagrado judeocristiano, aunque no está del todo obsoleta, es en gran medida opcional, y los libros sagrados de las demás religiones del mundo se consideran igualmente válidos y dignos. Así, cada persona debe discernir su propia verdad y su propia forma de vida, sin que ninguna tenga más mérito o valor que otra.

Veamos cómo manejó Pablo esta situación preocupante que encontró en Atenas, que según Lucas lo estremeció profundamente; después, veamos si podemos aprender de ello cómo afrontar una situación similar en nuestros días, tanto dentro como fuera de la Iglesia y la sinagoga.

VOLVER A LEER HECHOS 17:18 hasta el final

Es interesante que los epicúreos y los estoicos acusaran a Pablo de intentar introducir dioses extranjeros. Estas dos filosofías no tenían mucho interés en los dioses; no adoraban a ningún dios ni diosa. Entonces, ¿por qué les importaba que Pablo introdujera dioses extranjeros en Atenas? Primero, porque esencialmente intentaban librar a Atenas de la religión, y lo último que necesitaban era que se popularizaran nuevos dioses. Entonces, como ahora, a la gente le gustaban las modas y las tendencias nuevas. Segundo, porque eran leales a Grecia. Aunque quizá no les importaran esos dioses griegos, no querían que un extranjero llevara sus dioses a la sociedad griega. Hoy vemos esta misma dinámica entre los ateos, que por definición son seculares y liberales; son los estoicos de nuestra época. No creen que Dios o los dioses existan; sin embargo, dicen sentirse amenazados si tú o yo tenemos un Dios o lo adoramos abiertamente. ¿Cómo puede amenazarlos un Dios que, según ellos, no es más que una fantasía? Me pregunto si también se sienten amenazados por los Vengadores, ya que tampoco existen.

Así como hoy los secularistas liberales llevan a cristianos y judíos ante los tribunales para impedir que adoremos a Dios públicamente —un dios que, según ellos, no existe—, los estoicos y los epicúreos llevaron a Pablo ante un tribunal para impedir que adorara a Dios. Este tribunal de Atenas es conocido en la historia como el Tribunal del Areópago. Se estableció siglos antes para regular la religión y la moral. Recibió su nombre de la designación formal de la colina de Ares (Ares era el dios griego de la guerra), donde se reunían.

En realidad, Pablo no fue llevado a un juicio judicial; a estas personas les encantaba explorar ideas nuevas y despreciar las que consideraban poco inteligentes. Lo llevaron ante el tribunal para explicar su religión a los expertos religiosos, cuyo trabajo era examinar las afirmaciones de Pablo. El versículo 21 comenta que los grandes inquisidores intelectuales de la ciudad pasaban todo su tiempo explorando las últimas modas intelectuales. Hoy esta actividad parece ser propia de nuestras universidades más admiradas. No hay nada nuevo bajo el sol, ¿verdad?

Pero Pablo no era ningún pusilánime. También era un intelectual, muy educado y preparado, acostumbrado a debates intensos y sin temor a la confrontación. La literatura judía está llena de discusiones registradas

entre los brillantes sabios y rabinos judíos y los numerosos filósofos gentiles. Esta clase de debate no era nueva para Pablo. Además, hablaba griego con fluidez, conocía bien el mundo pagano y, como aprendemos de sus epístolas, era un defensor de la fe valiente y capaz. Pablo miró a su alrededor y observó que, entre los ídolos que lo rodeaban en la colina de Ares, había una estatua con la inscripción: «A un dios desconocido». Entonces Pablo dijo, en esencia: «Ya adoran a este dios del que no saben nada; permítanme presentárselo». Esas palabras no podían estar dirigidas a quienes lo habían llevado ante el Areópago, porque no eran religiosos. Sin embargo, los miembros del tribunal y los muchos espectadores atenienses que pasaban tanto tiempo escuchando debates vacíos —la televisión diurna del siglo I en Atenas— sí eran religiosos, y Pablo se dirigía a ellos. Recuerda: el objetivo de Pablo no era tanto refutar a los filósofos como tener una plataforma para proclamar la verdad del evangelio a esos paganos. Así que comienza a explicar quién es Dios.

Al principio, nada de lo que Pablo dice ofende a su audiencia, porque simplemente está compartiendo información nueva e interesante. Primero explica la soberanía de Dios sobre todas las cosas y argumenta lógicamente que, puesto que su Dios creó todo, incluida la vida, es superior a todo, especialmente a las cosas hechas por el ser humano. Por lo tanto, sería inapropiado que el Dios de Pablo viviera en templos construidos por manos humanas. Tampoco se le puede atender con las mejores cosas de la tierra, porque no necesita absolutamente nada de los seres humanos: el Dios de Israel es el máximo ejemplo de autosuficiencia.

Pablo continúa en el versículo 26 explicando que Dios inició la raza humana a partir de un individuo que creó, y que todos los seres humanos de las muchas naciones de la tierra proceden de ese primer individuo; también quienes lo escuchaban, según se implica. Fue el Dios de Pablo quien determinó tanto los límites de las naciones como los de la propia tierra. Permítanme detenerme para señalar algo. La defensa del evangelio que Pablo presentó a los paganos, especialmente a los intelectuales paganos, es un buen modelo para nosotros. Observa que, al menos hasta este punto, el Pablo franco y a menudo severo se ha mostrado bastante moderado y amable para lo que era habitual en él. No ha hablado con desprecio a esos paganos por su ignorancia de la verdad. También observa que empieza desde el principio y no cita ni una palabra de las Escrituras. ¿Por qué? Los paganos no conocerían la fuente de esos pasajes bíblicos y, aunque la conocieran, no les concederían una credibilidad especial. Por eso Pablo tiene que debatir con ellos en un lenguaje y

usando términos que tengan significado para ellos. Eso es exactamente lo que debemos hacer en nuestra época al comunicar la verdad de Dios a personas que no saben quién es Dios. Tendrá que adaptarse a la cultura. Pablo hablaba de una manera que los atenienses podían entender, estuvieran de acuerdo con él o no. Por eso no lo oímos usar palabras como Mesías, redención, sangre de Cristo o Torá. Primero hay que construir un contexto con una base de conocimiento.

Pablo dice que Dios estableció a los seres humanos y las naciones, y les dio lo necesario para que lo buscaran. Dios dejaría evidencia de sí mismo para que la humanidad reconociera que algo superior a ella debía haber creado todo lo que ve y comenzara a buscar ese «algo». Puede sorprenderte saber que varias cosas que Pablo dijo a los atenienses proceden directamente de fuentes que los griegos reconocerían. Cita a Epiménides y luego a Arato. En el versículo 28, cuando Pablo dice: «Porque en él vivimos, nos movemos y existimos», en realidad cita una cuarteta escrita por Epiménides para criticar la tumba del dios Zeus. Después, cuando dice: «Porque somos verdaderamente sus hijos», utiliza una frase compuesta originalmente por el poeta griego Cleantes y popularizada luego en un libro escrito por Arato. Esas palabras pretendían argumentar que Dios estaba dispuesto a permitir que la humanidad lo sirviera porque tenía muchas necesidades que debían ser atendidas. Pero Pablo transforma por completo el significado y argumenta que, puesto que todos los seres humanos son hijos de Dios, no deberíamos fabricar ídolos con apariencia humana: estamos hechos a imagen de Dios y Dios no es humano. Pablo no está construyendo tanto un argumento contra los dioses griegos como explicando cómo debe caracterizarse y adorarse correctamente a Dios. Si Dios no es humano, es incorrecto representarlo con distintas formas humanas (ídolos).

Pero ahora Pablo eleva el tono de su discurso en el versículo 30, al decir que en tiempos pasados Dios, en su gran misericordia, no actuó contra estas acciones equivocadas de la humanidad gentil porque se hicieron por ignorancia. Sin embargo, ahora Dios ordena que ha llegado el momento de abandonar la ignorancia, conocer al Dios verdadero y apartarse del pecado. Estas son palabras provocadoras, porque Pablo les está diciendo a los atenienses, altamente educados, que su sistema de dioses, con siglos de antigüedad, en realidad es ignorancia y constituye pecado del que deben apartarse.

Luego Pablo comienza a presentar su argumento sobre Yeshúa. Dice a sus oyentes que llegará un día en que Dios juzgará al mundo, y que lo hará por medio de cierto hombre. La identidad de ese hombre es evidente y la prueba es que Dios lo resucitó de entre los muertos. Estas ideas eran ajenas a la manera griega de pensar; la única nación que tenía la tradición de un día venidero de juicio mundial por parte de Dios era la nación hebrea: los judíos.

Dado el público al que se dirigía, lo primero que los atenienses debían aprender era a apartarse de los ídolos. Esto también fue lo primero que tuvieron que aprender los tesalonicenses paganos, como escuchamos de Pablo en 1 Tesalonicenses capítulo 1.

1 Tesalonicenses 1:7-9 CJB

7 Así llegaron a ser un ejemplo para todos los creyentes de Macedonia y Acaya;

8 porque el mensaje del Señor resonó desde ustedes no solo en Macedonia y Acaya, sino que en todas partes se conoció su confianza en Dios. Como resultado, no necesitamos decir nada;

9 pues ellos mismos nos cuentan de la bienvenida que nos dieron y de cómo se volvieron a Dios, dejando los ídolos, para servir al Dios verdadero y viviente…

No es difícil imaginar la creciente indignación de la mayoría de quienes escuchaban a Pablo. Estaba cuestionando el núcleo mismo de la vida religiosa ateniense. Pero Lucas dice que lo que llevó a muchos de la multitud al límite fue el tema de la resurrección. Otros no lo descartaron de inmediato —los intelectuales y académicos tienen la costumbre, para bien o para mal, de no cerrar ninguna línea de pensamiento por si aparece nueva información— y querían escuchar más de Pablo sobre el asunto. La idea de un alma inmortal no era desconocida en el pensamiento griego, aunque los filósofos estoicos y epicúreos no la aceptaban. Aun así, al igual que para los saduceos hebreos, una resurrección corporal se consideraba imposible.

Antes de pasar al capítulo 18, observa un par de cosas. Primero, no se hace énfasis en la identidad judía de Pablo. No parece haber prejuicio étnico. De hecho, se le escuchó de manera bastante justa y respetuosa. Sin duda fue útil que hablara griego con fluidez, aunque la mayoría de los

judíos de aquella época también lo hablaban, especialmente los de la diáspora. Cuando terminó de hablar, se fue. No se menciona que lo detuvieran, arrestaran o acosaran. Otra cosa que debemos seguir observando hasta las últimas palabras del Nuevo Testamento es que nadie percibía a un creyente en Yeshúa, como Pablo, como parte de un grupo nuevo y distinto. Los judíos veían El Camino —que para entonces incluía judíos y gentiles— como otra de las varias facciones del judaísmo. Los gentiles no sabían lo suficiente del judaísmo ni de la identidad judía como para distinguir entre sus sectas; para ellos, los seguidores de Cristo eran judíos o gentiles que se adherían al judaísmo. Por eso, cuando los maestros y comentaristas bíblicos llaman «cristianos» a los creyentes de esa época, crean una imagen mental equivocada, pues dan a entender que había surgido una nueva religión llamada cristianismo, separada del judaísmo y del paganismo. Eso ocurriría con el tiempo, pero no hasta después de que se cerrara la Biblia. Por tanto, en ninguna parte del Nuevo Testamento encontramos tal idea.

Lo verdaderamente asombroso es cómo el Señor obró por medio de Pablo entre aquella multitud de griegos. Rodeado de estatuas de dioses y diosas griegos y examinado por los filósofos más persuasivos, algunos de sus oyentes llegaron a creer. Uno de los nuevos creyentes fue Dionisio, miembro del tribunal. Una tradición cristiana mencionada por el padre de la Iglesia primitiva Eusebio afirma que Dionisio llegó a ser el primer obispo de la Iglesia de Atenas. Lucas también nos informa que una mujer llamada Dámaris aceptó a Cristo. Lo que NO leemos es que hubiera bautismos, un final sin duda triste para los esfuerzos de Pablo en Atenas.

Pasemos a Hechos capítulo 18.

LEER TODO HECHOS 18

Desde Atenas, Pablo fue a Corinto. Corinto, por supuesto, es la audiencia a la que se dirigen las epístolas de Pablo a los corintios. Presta mucha atención a lo que sucede aquí en el capítulo 18, porque proporciona el contexto necesario para comprender tanto el tono como los temas que Pablo aborda en los libros del Nuevo Testamento conocidos como 1 y 2 Corintios.

La buena noticia es que, por primera vez en un tiempo, Pablo no salió de Atenas en medio de un motín. No lo perseguían ni acosaban, tampoco lo habían golpeado ni encarcelado. La mala noticia es que no se nos da ninguna pista de por qué decidió ir a Corinto, así que no especularemos.

Sin embargo, podemos determinar que es casi seguro que Pablo llegó a Corinto en el año 50 d. C. Esto significa que habían pasado entre 15 y 20 años desde que Yeshúa murió en la cruz en Jerusalén.

Corinto era un lugar importante. Estaba situado en el istmo de Corinto, por lo que era ideal como centro de comercio y transporte marítimo. Era una ciudad enorme para aquella época: había seis millas de murallas alrededor de la metrópoli. Se calcula que la población total rondaba las 750,000 personas, más que Atenas. Como la mayoría de las ciudades antiguas, había sido destruida y reconstruida más de una vez. En una de esas destrucciones, en el año 146 a. C., quedó reducida a un montón de ruinas humeantes. Julio César la reconstruyó cien años después. Para los días de Pablo, había alcanzado ese tamaño y población impresionantes en solo unos 90 años. Naturalmente, Corinto tenía una población judía considerable y varias sinagogas. A Pablo no le habría costado encontrar judíos que le ofrecieran hospitalidad. Por eso leemos en el versículo 2 que encontró a un judío llamado Aquila. Aquila era de Ponto, en Italia, y estaba casado con Priscila. El nombre formal de Priscila era Prisca, y Pablo se refiere a ella como Prisca en algunas de sus epístolas. Pablo debió formar un vínculo estrecho con esta pareja, pues los menciona positivamente en numerosas ocasiones. Se nos dice que Aquila y su esposa llegaron a Corinto porque los judíos habían sido expulsados de Roma por orden del emperador Claudio. Aquí debemos detenernos y reconocer que, aunque Roma tenía una política nacional de tolerancia religiosa, eso no significa que todos recibieran un trato igualitario.

F. F. Bruce señala un detalle intrigante: tenemos el registro de la orden de Claudio de expulsar a los judíos, pero suele relacionarse con una declaración de Suetonio que dice que los judíos fueron expulsados porque «provocaban constantes disturbios por instigación de Chrestus». Es posible que Chrestus fuera un agitador rebelde, pero la historia parece no saber nada de él, si es que existió. Esa persona habría concentrado sus esfuerzos en la comunidad judía. Sin embargo, es mucho más probable que se refiera a Cristo, porque la declaración de Suetonio aparece junto con la explicación de que la principal fuente de problemas en la comunidad judía de Roma fue la introducción de El Camino en la sinagoga local. Esto causó toda clase de disensiones y provocó más problemas de los que el emperador estaba dispuesto a tolerar.

Como hemos hablado antes, a Roma le interesaban poco las disputas internas entre las distintas religiones del Imperio, siempre que no

derivaran en violencia callejera, alteraran al resto de la población o amenazaran al gobierno romano. Esto también se aplicaba al judaísmo. Por tanto, la preocupación de Roma era política; cuando surgían disensiones, por cualquier motivo, el gobierno las trataba como un asunto civil o político, no religioso. Así que la expulsión de los judíos de Roma no tuvo que ver con el judaísmo como religión, sino con la percepción de que los judíos tendían a provocar discordia en las ciudades donde vivían.

Esto tendría mucho que ver con la forma en que Nerón usaría a los judíos como chivo expiatorio por sus políticas fallidas.

Algunos comentaristas dicen que, como Aquila y Priscila eran creyentes, los únicos expulsados de Roma fueron los «cristianos». No hay ninguna evidencia de eso. Como dije, no existía un grupo identificable de personas llamado «cristianos» hasta mucho después de que se cerrara el Nuevo Testamento. De hecho, las autoridades romanas expresaban constantemente su total desconocimiento y falta de interés en intervenir en las disputas internas del judaísmo. La información clave para nosotros es que Aquila y Priscila eran judíos, no que pertenecieran a una secta particular del judaísmo llamada El Camino. No resulta plausible que Claudio interviniera y firmara un decreto imperial para expulsar solo a ciertos judíos, y probablemente a muy pocos.

Podemos ver de inmediato por qué Pablo congenió con Aquila y Priscila: eran fabricantes de tiendas, igual que él. Está claro que Pablo se mantenía con su oficio cuando permanecía el tiempo suficiente en un lugar. Esto era común entre los rabinos y maestros. Una frase bastante conocida que explica esta perspectiva aparece en la Mishná: «No hagas de la Torá… una pala para cavar». En otras palabras, no enseñes la Torá como medio para enriquecerte. Esto no implica que un maestro o rabino no pudiera recibir dinero por su trabajo; pero, salvo circunstancias excepcionales, esa no debía ser su principal fuente de ingresos. Se esperaba que los rabinos y maestros tuvieran empleos. Es un buen principio tanto para el cristianismo como para el judaísmo, aunque no debemos llevar demasiado lejos la comparación. Ser rabino normalmente no era una ocupación, sino un cargo que un judío desempeñaba. Por lo general, ser rabino no era una carrera ni una profesión. Así que Pablo trabajaba como fabricante de tiendas, al igual que Aquila y Priscila.

Las sociedades, en todas las épocas de la historia, tienden a dividirse en grupos según algún criterio. En los días de Pablo, la causa más común de

estas divisiones tenía que ver con el oficio de cada persona. Los gremios de oficios eran una forma habitual de organizar la sociedad en grupos; también representaban un intento de organizar el trabajo para regularse y garantizar que sus miembros recibieran una remuneración que el grupo considerara aceptable. Era común que una sinagoga fuera creada y estuviera integrada por miembros de un gremio en particular. Sin embargo, en el mundo romano se menospreciaba a los trabajadores manuales. Los ciudadanos romanos normalmente no realizaban trabajos físicos porque los consideraban inferiores. Por eso vemos que los judíos —y sin duda otros grupos étnicos— eran una fuente principal de mano de obra para el Imperio romano, no porque fueran obligados, sino porque en la sociedad judía los oficios se consideraban honorables. Era natural que, en la diáspora, los judíos ejercieran sus oficios en una sociedad que los recibía y los necesitaba. No sorprende que las mayores comunidades judías se encontraran en las ciudades más grandes del Imperio romano.

Como dice el versículo 4, Pablo iba cada Shabat a la sinagoga local de Corinto con la esperanza de formar nuevos creyentes. Se nos dice que en esas sinagogas había tanto judíos como griegos (gentiles). Así que, casi en todos los lugares que hemos recorrido con Pablo, encontramos cierto número de gentiles que adoraban al Dios de Israel junto a sus amigos judíos. Pero al llamarlos temerosos de Dios queda claro que la mayoría no se había convertido al judaísmo mediante la circuncisión. No sabemos exactamente cómo abordaban los judíos los asuntos de pureza ritual que planteaban los temerosos de Dios. Es muy probable que, al vivir lejos del Templo y del sacerdocio y durante tanto tiempo en un mundo dominado por gentiles, la mayoría de los judíos comunes no prestara demasiada atención a las leyes de pureza de la Torá; sin embargo, es evidente que los más piadosos sí lo hacían.

Después de varios meses sin verlos, Timoteo y Sila finalmente llegaron de Macedonia y se reunieron con Pablo. Su presencia parece haber permitido que Pablo dedicara menos tiempo a su oficio para mantenerse y más tiempo a predicar el evangelio. Pero observa a quién dirigió sus renovados esfuerzos: a los judíos. Aunque comúnmente decimos que Pablo fue el apóstol de los gentiles, encontramos repetidamente que dirigía sus esfuerzos a los judíos. Se nos dice que enseñaba «en profundidad» a los judíos que Yeshúa era el Mesías. Esto significa que les enseñaba los pasajes de las Escrituras —principalmente de los Profetas— que anunciaban al Mesías y luego les explicaba cómo Yeshúa cumplía esas

profecías. Vemos, por tanto, que adoptó con los judíos de Corinto el enfoque opuesto al que había usado con los atenienses.

Pero, como de costumbre, algunos judíos de las sinagogas aceptaron las enseñanzas de Pablo y otros se molestaron. El versículo 6 explica que, después de intentarlo durante suficiente tiempo, Pablo dejó de insistir con algunos que se habían vuelto hostiles y encomendó su destino al Señor. Cuando ya no pudo más, Pablo dijo: «¡La responsabilidad por su sangre recaiga sobre sus propias cabezas! Por mi parte, estoy limpio…». Esta expresión deriva del concepto de sustitución de la Torá, que es el concepto central del sistema sacrificial levítico y, por tanto, de la redención en el Mesías Yeshúa. En vez de que exista un medio de expiación —un animal inocente que cargue con el peso de la ofensa—, las acciones de una persona harán que recaiga sobre ella misma lo que la Ley prescribe por su falta. En este caso, la falta consiste en rechazar la oferta de salvación en Cristo, lo cual equivale a blasfemia.

Cabe señalar que esta es la primera vez que leemos que Pablo se niega a seguir dirigiéndose a ciertos miembros de la comunidad de la sinagoga. Pero también debemos tener cuidado al interpretar las palabras finales del versículo 6: «¡De ahora en adelante iré a los goyim!». Pablo no está diciendo que haya terminado su relación con los judíos ni que dejará de llevarles las Buenas Noticias. Simplemente está diciendo que dedicará la mayor parte de su atención a los gentiles. Sabemos que esto es cierto porque, al continuar leyendo Hechos, lo encontramos yendo directamente a las sinagogas de otras ciudades que visita y predicando a los judíos.

Continuaremos con Hechos capítulo 18 la próxima vez.